

I. Habiendo escrito Benjamín Taborga, joven argentino, una brillante PEQUEÑA REQUISITORIA SOBRE LA DEMOCRACIA, le hice algunas objeciones, que se quedaron sin contestación, pues la muerte sorprendió a Taborga unos días antes de que mi carta llegara a Buenos Aires, desgracia de la cual me duelo aún hoy. Véase la página de la cual toma don Ricardo lo que cree servirle para probar mi anarquismo:

Aquí y en algunos de los trozos suprimidos, cae el autor en grandes errores, a juicio de un naturalista. ¡Cuánto bien haría al señor Taborga el estudio de la biología! Las *explicaciones históricas* le parecerían luego menos despreciables, hasta llegar casi a valer como *razones*, y se disiparía el pesimismo que se nota al final de su interesantísimo trabajo, ahí donde asoma la duda de que «algún lejaniísimo remanso del futuro» pueda deparar a los hombres la ventura de una verdadera aristocracia, entendiendo por aristocracia *el gobierno de los mejores*, según la etimología de la palabra, pero en contra del valor histórico por ella adquirido.

La sociedad no carece de realidad, no es una simple colección de individuos, ni —mucho menos— preexiste relativamente a los individuos. Un organismo tiene una realidad de conjunto, no es una simple aglomeración de células; pero no existe fuera de